

Era sólo un sueño.

R. G. Cotta

Era solo un
sueño.

1.-

Capítulo 1

Me encontraba tratando de cruzar la calle con mi silla de ruedas, cuando una mujer alta, de pelo blanco y con la cara llena de arrugas, se me acercó y se ofreció a ayudarme. Las veredas del pueblo no tenían rampa de discapacitados. Comenzó a empujar la silla hasta llegar al cordón, y con mucho cuidado me bajó a la calle. Caminó a mi lado hasta llegar al banco, y se despidió con un apretón de mano. Me quedé pensando quien sería esa mujer, jamás la había visto en el poblado. Me dispuse a hacer mis mandados para regresar a casa cuanto antes, pues se acercaba una tormenta y no pretendía pasear bajo la lluvia.

Cene, me acosté y me quede unos instantes contemplando el techo de la habitación. La lluvia era el complemento ideal para descansar. Pero decidí ponerme a leer.

El sonido del agua que caía por la canaleta relajó mis sentidos, y cuando un rayo cayó solté el libro. Y en ese momento, mi imaginación comenzó a jugarme una mala pasada.

Era la primera vez que sentía miedo en mi casa, la luz, producto del fuerte estruendo, se había cortado. Parecía que iba a llover toda la noche.

Solo fue un instante, pero sé que la vi. No podía contener las ganas de gritar. Fue todo muy rápido. Quise incorporarme sobre la cama pero mi cuerpo no reaccionaba. El miedo había paralizado mis músculos. Sentía las piernas contraídas en posición fetal. Busqué mi celular bajo la almohada y no lo encontraba. Era raro pensar que bajo mi cama había alguien. Seguí buscando mi móvil por debajo de las frazadas, no lo encontré.

Podía seguir sintiendo esa sensación de cuando alguien te observa. La habitación estaba a oscuras, solo una tenue luz ingresaba por los orificios de los postigos de la ventana. El silencio era absoluto. La calma era absoluta, pero el miedo invadía el lugar.

De pronto, ya un poco más calmado, seguí buscando y me asomé por el costado de la cama. Fue un instante, como un relámpago, pero allí estaba. La había visto, con las hendiduras de sus ojos vacías, con la cara pútrida, con ropa desgarrada. Y juro que en ese momento mi corazón se aceleró de una forma que pensé que me daría un ataque. Era ella, estaba muerta.

Tapé mi cara con las manos y comencé a sollozar. No quería ver nada. No quería escuchar nada. Todo me parecía raro. De pronto sentí que mis piernas se estiraban nuevamente, y no sabía cómo, pero las sentía. Una mano rozó mis pies, y en ese momento el llanto era inevitable. Cuando descubrí mi cara me encontraba en el baño, parado frente al espejo empañado. Temblaba. Divise en ese momento una especie de rostro que se reflejaba, pasé mi mano para secar el espejo y ahí estaba, otra vez esa cara repugnante. Me caí. Ya no sentía mis piernas. Arrastré mi cuerpo hasta llegar a la cocina, las luces estaban prendidas y había una pava sobre la hornalla.

Hijo, ¿Qué haces en el suelo? - Mi madre, que había fallecido en el accidente que me dejó inválido, se encontraba allí parada - Levantante.

No me costó nada incorporarme sobre mis piernas, pero ya no tenía treinta y dos años, si no doce. Quería creer que era todo verdad. Me acerque a ella con mi mano extendida y la toqué, era real. Di media vuelta y no podía respirar. El sonido ensordecedor de la ambulancia no me permitía escuchar lo que los paramédicos decían. Estaba solo. Mi mamá no venía. Me pregunté que me había sucedido. Si, lo recordaba, nos habían atropellado. De pronto un relámpago apagó todo. De nuevo estaba en mi cama, con la cara tapada con mis manos, y la sentí. La mujer estaba ahora acostada a mi lado, susurrando que jamás volvería a caminar. Que la solución era no continuar con mi vida. Me rodeo con sus brazos y me incorporé de un salto.

Era solo un sueño. ¿Era solo un sueño?.